

haya de dejarse ver exteriormente en elevación, por la pompa y gala de vestidos y adornos.

Florenia. Infinitas gracias te damos por tantas y tan buenas instrucciones; asegurándote, que procuraremos hacer de ellas todo el buen uso, que de nosotras pudieras esperar.



## CONVERSACION XLVIII

### SOBRE EL BAILE

Balsamia. Veniamos á convidarte para una recreación, que sin duda te agradará.

Cesaria. Antes que os empeñe mi palabra, quiero me expliquéis, qué viene á ser ella.

Eusebia. Un Baile en público en que contamos con divertirnos muy bien.

Cesaria. ¡Qué! ¡En mitad de la calle, delante de todo el mundo, y con libertad de tomar cada una el lugar que se le antoje!

Balsamia. Sí; y ese es el gusto.

Cesaria. Era menester ser de vuestro humor y de vuestro gusto, para hallar diversión en eso.

Eusebia. ¡Ay! pues ¿qué humor y gusto, te parece que es el nuestro?

Cesaria. Un humor y un gusto que ha borrado de todo punto en vosotras toda vergüenza y todo pudor.

Balsamia. Con que, según eso ¿no serás tu de nuestro bando? Siendo así, que nosotras gustáramos mucho de que tú nos acompañases.

Cesaria. Pues no; para eso no tenéis que contar conmigo.

Eusebia. Si tú no vienes, aguarás enteramente nuestro gozo.

Cesaria. No solamente desearía yo turbar vuestro gozo; si también suprimirle y apagarle del todo.

Balsamia. ¿Tan mala cosa te parecen estos Bailes?

Cesaria. No lo dudéis.

Eusebia. Veamos en que te fundas para eso.

Cesaria. Me conformo; pero ha de ser con una condición; y es, que habéis de ser dóciles á mis palabras.

Balsamia. Así te lo prometemos.

Cesaria. Decidme ante todas cosas, ¿si alguna vez han visto en semejantes Bailes niñas virtuosas y bien nacidas?

Eusebia. Te confesamos que no.

Cesaria. Pues ya por esta respuesta os condenáis á vosotras mismas, y renunciáis á la cualidad apreciable de las niñas virtuosas y bien nacidas.

Balsamia. Sacas de ahí una consecuencia, que ciertamente nos hace poquísimo honor.

Cesaria. Verdad es; pero de vuestra misma boca la he sacado.

Eusebia. Aun eso ya no nos hace tanto deshonor, como lo primero.

Cesaria. Pues ello, no hay medio; si lo primero no

os hace honor, según ya habéis convenido, eso otro es preciso que os haga deshonor.

Balsamia. ¿Y qué deshonor es ese?

Cesaria. El acreditaros, cuando otra cosa no sea, de unas niñas livianas, ligeras de cascos y disipadas.

Eusebia. La verdad es esa, sin que podamos negarla.

Cesaria. Pues yo no necesito mas que esto, para prohibirme para siempre jamás unas recreaciones semejantes.

Balsamia. Demasiadamente severa es esa sentencia que has pronunciado.

Cesaria. Antes, mas tiene de razonable y equitativa, que de severa; pues al cabo, por mas que digáis, yo no quiero pasar plaza de ser un alma liviana, levantada de cascos y evaporada.

Eusebia. ¿No hay mas que esto que temer?

Cesaria. Vamos mas adelante. Decidme, os ruego; ¿qué caso se hace de las niñas que son aficionadas á ir á los bailes?

Balsamia. Bien sabemos, que se hace muy poco caso de ellas; y que se las señala con el dedo, diciendo: "Esas son, ahí van las bailarinas."

Cesaria. Y ¿qué tal? ¿Os acomoda eso á vosotras? Yo, por mí, no entro de ninguna manera en ello.

Eusebia. Tampoco á nosotras nos gusta demasiado; y al paso que en lo exterior tiramos á disimular, interiormente nos dá muchísimo enfado.

Cesaria. Solamente en vosotras consiste el ahorros de esos disgustos y pesares.

Balsamia. Eso se dice mas presto que se hace; mientras te estamos oyendo, nos parece que daríamos de mano á estas cosas; pero, puestas luego en la ocasión, nos dejamos llevar facilmente.

Cesaria. ¿Con qué eso es decir, que casi no tenéis firmeza en vuestras resoluciones, ni amor tampoco á vuestra reputación?

Eusebia. Pero efectivamente, eso no es capaz de hacer en ésta mucha mella.

Cesaria. Mayor de lo que vosotras pensáis.

Balsamia. Nosotras no la echmos de ver.

Cesaria. Ya es preciso ponérosla delante de los ojos sin repetir lo que ya he dicho, pasaré mas adelante: ¿os parece que es, ni os hará mucho honor el mezcláros entre una cuadrilla de disolutos y disolutas?

Eusebia. Es que no todos ni todas lo son.

Cesaria. A lo menos, segun vosotras, lo es la mayor parte: y entre todo y la mayor parte, yo no veo: que haya gran diferencia; y de cualquier manera que lo toméis ó entendáis, seguramente no os hace esto ningun honor.

Balsamia. Pero nosotras no tomamos parte en su licencia ni en su disolución.

Cesaria. ¿Ha de llegar á tanto vuestra ceguedad, que juntándose con licenciosos y licenciosas, digáis todavía, que no tomáis parte en sus disoluciones? Veamos bien, i esto es verdad, ó no.

Eusebia. Nos conformamos con que se haga este examen.

Cesaria. Prontamente es hecho: reflexionad todas las canciones que allí se oyen; pesad todas las palabras que se dicen; y considerad todas las libertades que allí se toman: ¿no entráis vosotras, por vuestra parte, en todas estas cosas, que son las que forman una descarada disolución?

Balsamia. No hay resistencia para tí; la fuerza y evidencia de tus razones nos obligan á ceder.

Cesaria. Considerad asimismo todas las desgracias consecuencias, que acarréan esos enlaces, esas amistades que se contraen en tales bailes.

Eusebia. Por ese lado nada hay que temer; pues una vez acabado el Baile, cada cual se retira á su casa.

Cesaria. Yo bien lo entiendo; mas ¿por ventura se van ellos solos? ¿Y cuántas citas funestas no se originan de ahí?

Balsamia. Ya vamos viendo, que sin ir tú á los bailes, sabes tanto como las que los frecuentan.

Cesaria. Mejor sería ignorarlo que saberlo; pero el ruido de estos escándalos es tan estrepitoso, que no hay quien no oiga hablar de ellos.

Eusebia. Todo eso que dices, hace que vayan empezando á disgustarnos ya los bailes.

Cesaria. ¡Pluguiese á Dios que mis palabras no solo empezasen, sino que acabasen de inspiraros el mayor disgusto hacia hellos, tanto á vosotras como á todas las demas!

Balsamia. Tú, segun parece, solamente hablas de las niñas doncellas.

Cesaria. Es que una vez que éstas se retiren y dejen de ir, se acabarán los bailes; porque no es regular, ni se vé, que los muchachos ó jóvenes solteros gusten de bailar solos.

Eusebia. Mientras mas vas proponiendo, mas nos confundes y sonrojás.

Cesaria. Todavía quisiera yo me dijeseis, ¿si es muy conforme á la modestia, que deben observar las Doncellas, hacer aquellos movimientos, y dar aquellos saltos que son inseparables del baile?

Balsamia. Pues ¿qué inmodestia hay en eso?

Cesaria. La decisión de este punto se la dejo á personas mas instruidas que yo; pero así en globo ó en erro digo, que no lo tengo por muy modesto.

Eusebia. De esa suerte ya no queda cosa en que una se pueda recrear.

Cesaria. Pues ¿qué? ¿No hay en todo el mundo otra especie de recreación que ésta? ¿No hay infinitas otras, que son mucho mas propias para unas niñas solteras?

Balsamia. Cierto, que contigo no sabe una como valerse.

Cesaria. Reflexionad ahora por un instante las funestas consecuencias de esos Bailes; y yo os prometo, que cuanto antes os habéis de dar á partido.

Eusebia. Muéstranoslas, si quieres.

Cesaria. Primeramente, perder la inocencia y el honor; además de eso, los odios que se suscitan; las en-

vidias, las pendencias, las riñas, son las consecuencias ordinarias que acarrearán los Bailes.

Balsamia. Ya es eso demasiado exagerar.

Cesaria. Pues en un solo ejemplo, que nos refiere la Sagrada Escritura [1], vemos verificadas todas estas consecuencias.

Eusebia. ¿Qué ejemplo es ese?

Cesaria. El de Diana, que era hija única de Jacob, y hermana de los doce Patriarcas.

Balsamia. Refierenos esa desgraciada historia de ella pues nosotras no la sabemos.

Cesaria. Aquella, doncella pues, era de las mas instruidas y mas bien educadas, habiendo tenido la curiosidad de ir á ver un Baile, fue robada y desflorada: injuria que vengaron luego sus hermanos á costa no menos que de toda una ciudad, en donde hicieron una matanza horrible.

Eusebia. Bien está; pero las consecuencias de nuestros Bailes no llegan á tanto, como todo eso.

Cesaria. Yo quiero permitirlos, que no sea tanto; pero seguramente os exponen á esto; y las menos culpadas no vuelven de ellos tan inocentes como fueron.

Balsamia. No podemos negar que siempre sacamos de allí algún pecado, además de los que llevamos antes de ir allá.

1. Genes. 34. 2. seqq.

Cesària. Pues, aunque no hubiera mas que eso ¿no debería ser bastante para despedirse de los Bailes para siempre jamás? ¿En donde está el temor de Dios, y el amor de vuestra propia conciencia?

Eusebia. Es verdad así; mas el caso es, que se deja una á rebatar de la fuerza vehemente del ejemplo y de la constumbre.

Cesaria, ¡Ah! ¡Si pensaráis que Dios os está viando; que os oye; y que os ha de juzgar! ¿Comó os habiáis de resolver á concurrir á ellos?

Balsamia Si tuviésemos unos pensamientos semejantes, sin duda nos estaríamos en casa.

Cesaria, ¿Con qué está visto, que no se puede ir á los bailes, sino olvidándose enteramente de Dios, y de sus juicios? ¡Qué compasión! ¡Qué locura!

Eusebia. A la verdad, esa es una extremada locura, en que ni aun siquiera pensábamos.

Cesaria. ¿Habéis acaso pensade alguna vez, los demonios se juntan allí de tropel con vosotras; que cada uno anda en busca de su presa; y que quizá no hay ninguno ni ninguna de la cuadrilla, que no tenga su demonio particular?

Balsamia. No digas mas. Eso ya no atemoriza; y en toda nuestra vida volveremos á poner los piés allá.

Cesaria. Eso es lo que yo os pido, tanto por mirar vuestro honor, como por consultar á vuestra conciencia.

Eusebia. Ya haremos porque quedes contenta; seguiremos fielmente de hoy mas tu ejemplo; y nosotras estaremos también mas satisfechas de todas maneras.

Cesaria. Haced la esperiencia, y despues me daréis noticias de lo que sobre esto ocurra. A Dios; que así lo espero.

